

mas á la prosperidad y á la pérdida de la Restauración. M. de Villele apenas veía mas que lo presente, al paso que yo apenas me ocupaba sino del porvenir. Encuéntrase aquí el primer bosquejo de mi plan para la empresa de España, tal, poco mas ó menos, como yo lo había trazado en Londres y enviado á M. de Montmorency. Es notable que este plan sea precisamente el que proponía al gobierno actual M. Thiers, uno de los hombres mas distinguidos que ha producido la revolución de 1830; la envidia ha anticipado sus triunfos, y no ha hecho otra cosa que seguir los míos.

M. de Villele, en su última carta se muestra agitado por la perturbación de los fondos públicos, por las negociaciones inglesas relativas á la explotación de las colonias americanas, por las ideas rentísticas y mercantiles que no le abandonan, y le impiden á pesar de su claro talento, elevarse en estos momentos á consideraciones de orden superior. Conténtase con mis notas acerca de la trata de negros y las colonias españolas, porque en ellas defendiendo intereses materiales, pero no quiere la guerra; teme que si los despachos de las cortes llegan á Madrid, ocasionen inmediatamente un rompimiento de hostilidades y me pide que remedie este mal: los despachos habían sido enviados. Aferrado á mi sistema, me alegraba interiormente del envío de los documentos, los cuales despues de todo, á nada nos comprometían, y que hasta estaban deliberadamente calculados para que nada produjesen.

Resulta pues, de esta correspondencia, que yo y M. de Villele teníamos cada cual una idea fija; yo quería la guerra, él quería la paz, yo atribuía á todos los aliados los sentimientos particulares de Alejandro á fin de acostumbrar á M. de Villele á la idea de las hostilidades, al paso que M. de Villele por su parte, exagera los reveses de los realistas españoles, á fin de calmar el supuesto ardor del congreso de Verona. Yo digo al presidente del consejo que el voto terminante de las potencias es favorable á la guerra; que no se trata de la ocupación de la península, sino tan solo de un rápido movimiento; yo muestro un triunfo fácil, y no obstante sabía que el congreso de Verona no quería la guerra; temía que nuestro movimiento se prolongase mucho mas allá del Ebro, pues creía que necesitaríamos ocupar durante mucho tiempo la España para hacer un buen negocio, pero no revelaba todo, á fin de conseguir mi objeto, y me decía interiormente: «Cuando hayamos pasado el Bidasoa, será indispensable que el presidente del consejo, activo, inteligente y resuelto, marche hácia adelante.»

M. de Villele me refiere sus triunfos en el interior, y calcula los millones que tendríamos de sobra. «¿Por qué exclama el gran hacendista, vienen estos desgraciados asuntos exteriores á turbar semejante prosperidad?»

En otra carta digo á nuestro hábil corresponsal: «La Francia se ve compelida á obrar; la Rusia, cree que no llega bastante lejos, el Austria no se ha movido sino por no romper con la Rusia, la Prusia teme el menor movimiento y la Inglaterra se opone á todo.»

M. de Villele no se fija, segun parece, sino en esta frase: *La Francia se ve compelida á obrar*, sin hacer caso de las palabras siguientes, que positivamente contradicen mi aserto. Atormentado constantemente por su idea de paz, me escribe: «¿Sería posible que los aliados se dejasen engañar por esta política (la inglesa), y no viesan cuanto la favorecen con el importuno envío de las notas que han dirigido al gobierno de Madrid?»

M. de Montmorency era también partidario de la guerra, pero se proponía un objeto enteramente diferente del mio; su opinión era además muy vehemente; yo dejaba alguna duda acerca de mi determinación, porque no quería hacerme imposible, y temía

que si me descubría demasiado, el presidente del consejo no querría escucharme. Habiendo tomado en Verona la iniciativa en la cuestión de las hostilidades no hablando casi sino con el emperador de Rusia, el duque de Mattheu debía presentar por su parte á todos los príncipes como arrebatados por un furor belicoso. Supongó que una de mis cartas y otra de M. Villele, separadas de los documentos oficiales, hubiesen caído en manos extrañas; no se hubiera exclamado: «¡Ved! M. de Villele y M. de Chateaubriand dicen, el uno que *no se le dejan las dos bolas*, y el otro que *nos vemos compelidos á obrar*.» Pero esto era evidentemente falso, como lo atestiguan los documentos de Verona, como lo atestiguan nuestra última conversación con M. de Metternich, (de que ahora hablaré), como lo atestiguan, en fin, las maquinaciones de la Alianza contra nuestra empresa durante la peligrosa intervención en la península. La resolución secreta de dejarnos aislados estaba muy bien decidida por la mayoría del congreso, lo que no impedía que á todas horas se dijese que nos estaban *armando una zancadilla*. Alejandro era temido y se le adormecía con discursos; y al oír hablar en alta voz á los que en voz baja me suplicaban evitase el rompimiento, podría creerse que iban á entregar la España al saqueo. Y no obstante, debo repetirlo; toda la pretendida coacción se reducía á los vagos despachos de Viena, de Berlín y hasta de San Petersburgo, en los cuales domina únicamente un inmoderado deseo de la paz.

M. de Villele se vió arrastrado al combate, no por el continente, sino por la misma fuerza de las cosas. Cuando el presidente del consejo, á pesar de su prudencia, se vió empeñado en la guerra, dirigió de una manera admirable las operaciones económicas, así como yo conduje con alguna felicidad las operaciones políticas. Los fondos subieron en vez de bajar, y si M. de Villele se sorprendió ante este hecho, fue porque ignoraba el poder de un pueblo cuando se obra conforme á sus instintos. Rodeado de bolsistas, cuyo agiotage desconcertaba el estruendo del cañon, se asustaba á los gritos del especulador burlado; tenía la bondad de mirar como hombres de experiencia y de práctica á una turba doméstica de la Convención y del Imperio, la cual metamorfoseada en nuestras victorias y se reanimaba á la esperanza de personajes de bastidores, se alarmaba al temor de nuestros desastres. ¿Qué podía temerse de los dos mundos del despotismo y de la anarquía? El primero estaba paralizado desde que la victoria había dejado de moverle los brazos; la segunda había sentido refrenada su energía bajo el trage de chambelan, camisa de fuerza que le había puesto el primero.

Sin embargo, M. de Villele, tan templado, era muy resuelto cuando se le atacaba en su parte sensible. Mientras dudaba acerca de la expedición del otro lado de los Pirineos, expidió á Londres la siguiente nota. Puso si así puede decirse, el mercado en manos de la Inglaterra; pero esta retrocedió con motivo de este tratado de comercio, como retrocedió ante la Francia cuando se trató de la guerra de España.

Copia de la nota dirigida al gobierno inglés.

«El infrascrito encargado de negocios de Francia, ha recibido de su gobierno orden expresa de presentar á S. E. el ministro de Negocios Extranjeros de S. M. Británica las siguientes comunicaciones.

El gobierno de S. M. Cristianísima acaba de saber que el gabinete español en una sesión secreta de las cortes el 15 del actual ha pedido y alcanzado autorización para concluir un tratado de comercio con la Inglaterra. Añádese que durante la discusión, un orador ministerial ha presentado esta medida como un

sacrificio, por el cual podrían esperarse socorros que la situación hacia indispensables.

El gabinete de San James comprende perfectamente y aprecia los motivos que han obligado á la Francia á tener un cuerpo de observación en las fronteras de España, que en estos momentos son presa de la anarquía y de la guerra civil. Tampoco ignora este gabinete los peligros á que la persona del rey de España y su familia se hallan recientemente expuestos.

S. M. Británica ha enviado al Sr. duque de Wellington al congreso de Verona, donde los soberanos aliados se ocupan en este momento de adoptar los medios mas á propósito para poner un término á las calamidades de la España.

«En medio de tales circunstancias una negociación particular con Inglaterra produciría el infalible resultado de dar un apoyo moral á los principios que hoy rigen en el gobierno español, y cuyas consecuencias no sería fácil apreciar.

El gobierno francés no puede creer que sean tales las intenciones de S. M. B. Lisonjéase de que las explicaciones sinceras que sobre este particular le dará el ministerio inglés, no dejen ningun genero de duda por lo tocante al estado actual de sus relaciones con el gabinete español. El gobierno francés espera confiadamente esas explicaciones. Los ministros de S. M. B. comprenderán fácilmente que en la situación en que se encuentra Francia respecto á España *esas explicaciones deben producir una decisión inmediata de la Francia*.

Por su parte, el gobierno de esta nación estará siempre dispuesto á dar á sus aliados, por su mediación, y por las aclaraciones que puedan desear, pruebas de las intenciones que constantemente ha manifestado de concurrir al restablecimiento del orden en la península, sin renunciar por eso, si es posible, á las ventajas de la paz que disfruta la Europa.»

XXX.

M. Ouvrar.—Carta del vizconde de Montmorency.—Principian las relaciones personales del autor con el emperador de Rusia.

Mas ¿qué significaba esa aparición de M. Ouvrar de que hemos hablado en nuestra carta del 28 de noviembre? Con fecha 24 del mismo mes habíamos recibido de Milan el siguiente escrito de M. de Montmorency.

«Noble vizconde: he encontrado aquí á M. Ouvrar. que me ha causado algo de admiración y hasta de sentimiento por las últimas noticias de la regencia. Ya comprendéis que el interés de esta y de su empréstito es lo que motiva su viaje. Desea una carta para uno de nuestros plenipotenciarios, y os concedo la preferencia, suplicándoos que lo introduzcáis cerca de vuestros colegas. Le he aconsejado que permanezca poco tiempo en Verona donde se hablará demasiado de su llegada y que procure volver lo mas pronto posible. Decid al Sr. príncipe de Metternich que ruego que lo escuche. El todo está en buenas manos, noble vizconde. Escribid también por él. Estoy muy contento de las nuevas elecciones segun las noticias que me ha dado: cinco solamente han salido malas. Dios os inspire. Hablad de mí á vuestros colegas y á todo el congreso.

MONTMORENCY.»

M. Ouvrar se presentó por consiguiente con planes para derribar el gobierno de las cortes en nombre de la regencia de Urgel sin necesidad de ninguna otra potencia. Esos planes, quiméricos por lo tocante á los intereses morales, no lo eran por lo respectivo á los materiales. El banquero imaginario divirtió á M. de Metternich. La idea de hacer la guerra con di-

nero sin mas intervención que la regencia de Urgel y desentendiéndose de la Francia, era idea que halagaba al príncipe.

El orden cronológico de los negocios nos conduce á hablar de las relaciones que el emperador de Rusia se dignó tener con nosotros. ¿Cuál es el lugar que ahora habita? El sepulcro. El czar ha desaparecido en un rincón deshabitado de su imperio: una nueva ráfaga de viento de la fortuna nos ha arrojado á otra soledad: estamos bien colocados, mas allá del mundo pasado, sobre el poco de tierra que nos sustenta todavía para hablar de la vida de un monarca cuya provechosa amistad en Verona habría sido tan útil á los intereses de la Francia. Despues de Bonaparte, Alejandro es la mas grande figura histórica del periodo napoleónico.

XXXI.

Alejandro.—Compendio de su vida.

Alejandro I, Paulowitsch (hijo de Pablo), nació el 23 de diciembre de 1777, se casó en 9 de octubre de 1793 (fecha funesta) con Luisa María Augusta, despues con Isabel Alexiowna, princesa de Baden y pasó su niñez bajo la tutela de Catalina II. Fue educado por Laharpe, suizo, si se quiere, ó francés de Lawsana. Subió al tronó en 24 de marzo de 1801; su padre apareció estrangulado en el lecho. Pablo era loco, pero no carecía de instrucción, de valor, ni de generosidad: estas cualidades, en especial la última, se reprodujeron en su hijo primogénito. Pablo fue aquel conde del Norte tan faustosamente recibido en Versalles y en Chantilly, donde ya han cesado las fiestas de sus antiguos dueños. El fin violento de un autócrata era en las costumbres rusas, como en las turcas la de un sultan: bajo el despotismo, la libertad toma alguna vez la forma del asesinato. Las virtudes de Alejandro no permiten suponer que estuvo enterado á fondo de la conjuración. Habían las cosas llegado á término que era necesario pensar en una abdicación; esto es, en lo que Alejandro pensó, pero no en la muerte; de manera que su elevación al imperio fue el resultado de un asesinato, no de un parricidio.

Los primeros actos del reinado de Alejandro anunciaron lo que era; diferentes decretos disminuyendo las contribuciones, favoreciendo la industria y mejorando el sistema financiero, fueron seguidos de otros en que se permitía á la nobleza ejercer el comercio; se perdonaban multas judiciales; se daba libertad á los detenidos por deudas, y se nombraban comisiones para dulcificar la suerte de los desterrados. Hasta en el mar de Arcangel se encontraron proscritos abrumados de miseria y de vejez, que no sabían en qué época, ni por qué habían sido encadenados en los claustros de algun helado convento. Alejandro abolió la confiscación, arregló la administración de justicia; impuso penas contra los magistrados concusionarios; exigió la unanimidad de los jueces en las sentencias de muerte; dió fin al tribunal secreto que entendía exclusivamente de crímenes políticos; fundó y organizó siete universidades; creó mas de dos mil escuelas primarias; quitó la censura para los escritos; limitó el poder de los gobernadores de provincia; destruyó la servidumbre personal en Estonia, Livonia y Curlandia, y la coartó en lo restante del imperio.

Sostuvo desde luego la paz que encontró restablecida entre la Rusia y la Francia despues de las campañas de Suwarow y de Korsakow en tiempo de Pablo I. Contrajo en 1802 una alianza que se convirtió en amistad duradera con Federico Guillermo III. Cuando Napoleón vencedor del Austria, lumilló á la Prusia, tan grande en el combate, como pequeño en la victoria, propagó aquellos triviales bofetines que calumniaban á una noble reina.

La paz de Tilsitt dió al czar ocasion de establecer

las bases de las instituciones militares de su imperio. Obligado por las circunstancias, ó tal vez seducido por la ambición de repartir el mundo con un grande hombre, Alejandro se ocupó en Tilsitt de un secreto tratado en diez artículos, en virtud de los cuales la Turquía europea era devuelta á la Rusia, adjudicándosele todas las conquistas que las armas de esta nación pudieran hacer en el Asia. Por su parte Napoleón se declaraba dueño de España y Portugal; reunía Roma y sus dependencias al reino de Italia; pasaba al África; se apoderaba de Túnez y Argel; poseía Malta é invadía el Egipto abriendo el Mediterráneo exclusivamente á las naves francesas, rusas, españolas é italianas.

Sincero como hombre en lo tocante á la humanidad, Alejandro era disimulado, como medio griego en lo relativo á la política: al mismo tiempo que halagaba á Napoleón; que declaraba guerra á los ingleses, y calificaba de *insigne piratería* el ataque contra la escuadra de Copenhague, hacia que uno de sus oficiales pasara á Londres á dar seguridades al gabinete de San James, y á manifestarle su admiración. Así es que cuando los ingleses capturaron los diez buques de guerra rusos enargados del bloqueo de Lisboa, el almirante los conservó y de allí á poco los devolvió al czar. Bonaparte creyó haberse burlado de este soberano en Erfurth embriagándolo de alabanzas. Un general escribía diciendo: «Hemos hecho tragar un vaso de opio al emperador Alejandro, y mientras duerma haremos nuestro negocio en otra parte.»

Un picadero fue transformada en teatro: dos sillones de brazos se colocaron delante de la orquesta para los dos grandes potentados; á derecha é izquierda sillas para los soberanos y detrás taburetes para los príncipes. Talma, rey de la escena, representó delante una concurrencia de reyes. Al pronunciar este verso.

La amistad de un grande hombre es un favor del cielo.

Alejandro apretó la mano de su *grande amigo*, y le dijo al oído: «Nunca lo he conocido mejor que ahora.»

En concepto de Bonaparte, Alejandro era en aquel momento poco menos que un imbecil: rióse grandemente de esas palabras cuando se vió solo con sus chambelanes y generales; despreció al autócrata cuando lo creyó sincero, y luego lo admiró al conocer que era un taimado. Alejandro, solía decir. Napoleón es un griego del Bajo imperio, es preciso desconfiar de él. En Erfurth Bonaparte afectó la descarada falsedad de un soldado vencedor, y Alejandro disimuló como un príncipe vencido: la astucia luchaba con la mentira; la política de Oriente y Occidente conservaban su especial carácter.

El hijo de Pablo se aprovechó unas veces de sus alianzas y otras veces de sus guerras con Napoleón para incorporar á su imperio la Finlandia, la Georgia, varios distritos de la Persia, la Besarabia y el reino de Polonia. En 1813 el ejército ruso dió que admirar á Alemania por su magnífico aspecto; en 1814 entró en París, y en 1815 puso en marcha otro segundo ejército de trescientos mil combatientes con un tren de dos mil piezas de artillería. Tal fue el poder de Alejandro, á quien Napoleón legó la Europa.

Era el autócrata tan grande por su alma, como Napoleón por su genio; sus palabras y acciones tienen un carácter de magnanimidad que se echa de menos en el hombre admirable ante quien se eclipsaba. En su proclamación de Varsovia (22 de febrero del 1813) dijo: «Hemos creído conveniente enterar á la Europa de nuestros proyectos: así á los pueblos, como á los reyes encargamos sus deberes y sus intereses...»

«Aprovechando vuestras victorias alargamos una mano auxiliadora á los pueblos oprimidos. El momento ha llegado: en ningún tiempo se ha presentado mejor ocasión á la desgraciada Alemania; nuestro enemigo huye; admira ahora por su terror á las naciones acostumbradas á no admirarse mas que de su orgullo

y barbarie... Nuestros beneficios, no los límites de nuestro imperio, es lo que tratamos de extender hasta los pueblos mas distantes. La suerte del Guadiana y del Vesubio ha quedado determinada en las orillas del Boristenes; aquí es donde la España recobrará la libertad que defiende con heroísmo en un siglo de debilidad y cobardía. A los pueblos decimos por medio de este manifiesto lo que á nuestros embajadores hemos mandado decir á los reyes...»

«Preciso es que Alemania recuerde su valor. Si el Norte imita el sublime ejemplo que le ofrecen los castellanos, el luto del mundo podrá considerarse como acabado... Si despues de todo eso una nación extrañada supiese tomar de tan extraordinarios sucesos algunos generosos sentimientos; si volviese los ojos bañados de lágrimas hácia la dicha que disfrutó bajo sus reyes, nosotros sabremos tenderle una mano protectora. La Europa que ha estado á punto de ser presa de un monstruo recobraría á un mismo tiempo su independencia y su tranquilidad. Ojala no quede por último de ese sangriento coloso que amenazaba al continente con su criminal eternidad, mas que un largo recuerdo de horror y compasión.»

En otra proclama, fechada el 25 de marzo de 1813, en Kalich, Alejandro llamaba á las armas á los pueblos de Alemania, y les prometía en nombre de los soberanos constitucionales, instituciones á propósito para fijar su independencia. La juventud germánica oyó esa voz en el fondo de sus estudiosos retiros; los profesores se convirtieron en capitanes, y los estudiantes dejaron el Homero para tomar la espada.

Poco despues de la campaña de Francia, la mas bien conducida y admirable de todas las de Napoleón, las autoridades municipales de París pasaron al cuartel general de los rusos para arreglar una capitulación, y Alejandro les dijo: «Vuestro emperador, que es aliado mio, llegó al corazón de mis Estados y causó males cuyas consecuencias duraran largo tiempo; la justa defensa me ha traído á este sitio. Estoy lejos de querer devolver á la Francia los males que me ha causado. Soy justo, y sé muy bien que esos males no son imputables á los franceses. Los franceses son amigos míos, y vengo á demostrarles que quiero devolverles bien por mal. Mi único enemigo es Napoleón. Prometo mi protección especial á la ciudad de París: protegeré y conservaré todos los establecimientos públicos; no consentiré que se alojen en ellos mis tropas escogidas, y conservaré también vuestra guardia nacional, compuesta de la flor de los ciudadanos. A vosotros toca el asegurar vuestro futuro bienestar; preciso es daros un gobierno que garantice vuestro reposo y el de toda la Europa. Manifestad vuestros deseos y me hallareis siempre dispuesto á secundar vuestros esfuerzos.»

Estas palabras fueron puntualmente cumplidas. En 13 de mayo de 1814, ocupaban numerosos ejércitos la Francia, y en París volvieron á abrirse las tiendas cerradas; de allí á seis meses todas aquellas tropas enemigas volvieron á pasar las fronteras regresando á su país sin llevarse una moneda, sin haber disparado un fusil, ni derramado una gota de sangre desde la vuelta de los Borbones. La antigua Francia ha extendido algunas de sus fronteras; se han partido con ella los buques y los almacenes de Amberes; se le devuelven 3,000 prisioneros que se hallan dispersos en los países donde los han dejado las derrotas ó la victoria. El rumor de las armas cesa al cabo de veinticinco años de combates desde el uno al otro extremo de Europa. Alejandro se alejó de París dejando á los franceses las obras maestras que les habia conquistado, y la libertad asegurada en la Carta; libertad que estos debieron tanto á sus luces, como á su influencia. Alejandro reuniendo en sí mismo las dos autoridades supremas, doblemente autócrata por la espada y por la religion, fue el único de todos los soberanos de Europa que comprendió no poder la Francia, atendido el

período de civilización á que habia llegado, ser gobernada sino en virtud de una constitución libre.

Tenia aquel emperador algo de sereno y melancólico; se le veía pasear por París sin séquito y sin afectación. Estaba como admirado de su triunfo: sus miradas casi enternecidas se fijaban sobre un pueblo que parecía considerado como superior; habíase dicho que creía ser un bárbaro en medio de la civilización, á la manera que en otro tiempo los romanos se sentían abochornados al pasear por Atenas. Tal vez pensaba que aquellos mismos franceses eran los que se habian

presentado en su capital incendiada; que á su vez sus soldados eran dueños de aquel París, donde con facilidad habria podido encontrar alguna de las teas apagadas, mediante las cuales Moscou rescató su independencia entre las cenizas. Ese destino, esa fortuna caprichosa, esa miseria comun á los pueblos y á los reyes, debían afectar muy profundamente un espíritu tan religioso como el suyo.

Alejandro no se consideraba mas que como agente de la Providencia, y nada se atribuía á sí mismo Complimentándolo Mad. Stael, acerca de la dicha qu



D. FRANCISCO ESPOZ Y MINA.

sus vasallos privados de una constitución, tenían de ser gobernados únicamente por él, dió el emperador la siguiente contestación tan sabida de todo el mundo: «No soy mas que un incidente feliz.»

Cierto jóven le manifestó en las calles de París su admiración por la afabilidad con que recibía á los ciudadanos menos importantes; Alejandro contestó. «¿Pues qué? ¿No es esa la conducta que deben observar los soberanos? No quiso habitar en el palacio de las Tullerías recordando que Napoleón habia manifestado complacencia de haber ocupado el de Viena, de Berlín y de Moscou.»

Contemplando la estatua de Napoleón, en lo alto de la columna de la plaza de Vendome, dijo: «Si me viera tan alto, tendria miedo de que se me fuese la cabeza. Al enseñarle en las Tullerías el salon llamado de la Paz, exclamó: «¿De qué le servía á Bonaparte este salon?»

El día de la entrada de Luis XVIII en París, estuvo

Alejandro viendo pasar la comitiva oculto detrás de una ventana sin la menor insignia de distinción.

Sus modales algunas veces eran elegantemente afectuosos: al visitar una casa de locos, preguntó á una mujer, «si era considerable el número de *locas por amor*.» «No lo es hasta el presente, le contestaron, pero es temible que aumente desde el punto en que V. M. ha entrado en París.»

Un gran dignatario de Napoleón le decía: «Hace ya mucho tiempo, señor, que vuestra venida era tan esperada como deseada.» — «Antes hubiera venido, contestó el emperador; mi retraso no ha consistido sino en el valor francés.» Es cierto que al pasar el Rhin, habia sentido el no poder retirarse en paz al seno de su familia.

En el cuartel de Inválidos encontró mutilados que habian vencido en Austerlitz; el aspecto de estos era sombrío y silencioso; por los patios desiertos y en el pavimento de la iglesia, no se oía mas que el ruido de

patas de palo. Alejandro se enterneció al oír el ruido que hacían aquellos valientes, y mandó que se les devolvieran doce cañones rusos.

Propusieronle cambiar el nombre del puente de Austerlitz; pero no lo admitió diciendo: «Basta que yo haya pasado por ese puente con mi ejército.»

Alejandro fue también quien tuvo la idea del sacrificio expiatorio en la plaza de Luis XVI. Levantóse un altar en el puesto que había ocupado el cadalso. Siete sacerdotes moscovitas celebraron el oficio, y las tropas extranjeras al regresar de una revista, desfilaron por delante. Entonóse el *Te-Deum* con uno de aquellos magníficos cantos de la música griega, y los soldados y los soberanos hincaron la rodilla para recibir la bendición. El pensamiento del espectador francés debía por necesidad referirse á los años de 1793 y 1794, cuando los bueyes manifestaban repugnancia de pasar por aquel terreno á causa del olor de sangre. ¿Qué mano había conducido á esa fiesta expiatoria á los tártaros, algunos de los cuales vivían bajo tiendas de piel de oveja, al pié de la muralla de la China? Espectáculos son esos que las débiles generaciones que vendrán en pos de nuestro siglo, no volverán á ver.

Un grave cargo pesará sobre la memoria de Napoleón; fue en el último período de su reinado tan molesto el yugo, que debilitó el sentimiento de hostilidad contra el extranjero, de manera que la invasión, cuyo recuerdo es aun deplorable para la Francia, presentó en el momento de realizarse algo que en cierto modo era parecido á la independencia. Los hombres eminentes de aquella época, están acordes en lo tocante al juicio terrible que pronunciaron contra Napoleón. Los Lafayette, Lanjuinais, Camille-Jordan, Ducis, Lemerrier Chenier y Benjamin Constant, sobresaliendo entre la multitud rastrera, se atrevieron á despreñar la victoria y á protestar contra la tiranía. ¿Quién no recuerda las vengadoras palabras de que están llenos sus abrasadores escritos? «¡Cerrar el paso á todo proyecto de independencia, gozarse en deshonrar los caracteres, en violentar las costumbres particulares y las libertades públicas, y declarar por calumniosas y blasfemas las opiniones generosas que se suscitaban contra esas enormidades!... Si el resultado de tales medidas fuese reputado inocente; si prostituyendo hasta la posteridad, le imponía su yugo; si esa posteridad sobornada, esclava futura hija de un antiguo esclavo, llegase á ser cómplice del primero que triunfara. ¿dónde estaría el derecho? ¿Dónde estaría el precio de los sacrificios? no siendo el bien y el mal sino puramente relativos, desde luego puede decirse que toda moralidad había desaparecido de las acciones humanas.»

«Altivos defensores de la monarquía, dice Benjamin Constant, en el espíritu de la conquista, ¿consentiréis que el orillama de San Luis sea reemplazado por una bandera ensangrentada de crímenes y privación de gloria? Y vosotros, los que deseáis una república, ¿qué decís de un dueño que ha burlado vuestras esperanzas, y mancillado los laureles cuya sombra velaba vuestras disensiones civiles, y hacia admirar vuestros errores?»

Lo restante de esa obra tiene un carácter todavía más acusador y enérgico. Es cierto que la posteridad no es en sus juicios tan equitativa como se dice: hay acciones, compromisos y errores de distancia, así como hay acciones, compromisos y errores de proximidad. Cuando la posteridad admira sin restricciones, se escandaliza de que los contemporáneos del hombre admirado no lo hayan considerado bajo el mismo punto que ella lo mira. Esto tiene fácil explicación: la posteridad no oye las imprecaciones ni los gritos de dolor y desesperación de las víctimas; no ve correr la sangre ni las lágrimas. La gloria labrada á expensas de desgracias, subsiste, sin que directamente haya que sentir las consecuencias de estas. Todo lo que ofendía

en el gran personaje, ha pasado; sus debilidades han perecido con sus despojos mortales, y ya no queda de él sino su imperecedera celebridad.

Alejandro pasó de Francia á Inglaterra: no pudo ver sin alguna envidia, los arsenales de la Gran Bretaña, la Torre de Londres, que puede armar á un pueblo entero, y Woolwich, donde los verlosos cañones parecen entapizar de césped el suelo. En Oxford, el príncipe regente, promovido á la dignidad de doctor, recibió en clase de tales al autócrata y al rey de Prusia, vestidos según lo previene el reglamento de la universidad. El presidente pronunció un discurso en latín, y los estudiantes recitaron fragmentos de poesías acerca del incendio de Moscow y la caída de Napoleón, escena de otros tiempos consumada en medio de los sucesos más grandes de la edad moderna.

El czar pasó á Viena con motivo del congreso, á principios del 1815, no sin tener ya entonces algunos motivos de disgusto contra el nuevo sucesor de la corona de San Luis. Luis XVIII, bajo pretexto de religión, que en algún modo podía considerarse como ofensivo, acababa de rehusar su consentimiento al enlace del duque de Berry con la hermana de Alejandro, enlace que habría cambiado el curso de las cosas y la suerte de la legitimidad: esa especie de desvío y de inexplicable enemistad, ofendió al generoso príncipe. No tardó tampoco en tener conocimiento de una triple alianza entre Francia, Austria é Inglaterra, dirigida evidentemente contra la presunta ambición del gabinete de San Petersburgo. Habiendo La Bernardiere, agregado á la embajada francesa de Viena, vuelto á colocarse cerca de M. Caulincourt, presentó una nota acerca de los cargos que la Francia hacía contra la familia legítima. Alejandro, que como ya hemos dicho, se hallaba algo resentido por el precipitado retroceso de Luis XVIII, del que este ni siquiera había intentado justificarse, manifestó quedar muy afectado de la nota de La Bernardiere, y preguntó súbitamente á los aliados si sería conveniente poner al duque de Orleans en el trono de Francia cuando Napoleón acabara de ser completamente vencido. Esta pregunta causó al congreso la mayor admiración, y no tuvo efecto por la oposición de lord Clancathy, que declaró no tener poderes para decidir una cuestión tan grave. Un despacho de Viena, numerado con el 25 y 27, dió cuenta á Luis XVIII de este sorprendente negocio, que demuestra que los aliados no tenían en la segunda restauración, como no la tuvieron tampoco en la primera, intenciones de restablecer la legitimidad. A pesar de esas particulares disposiciones, Alejandro no se separó de los principios generales que había adoptado: á las dos de la tarde, del 3 de marzo, supo en Viena el desembarco de Napoleón, y á las tres horas partió para San Petersburgo un correo de gabinete mandando salir la guardia imperial. Las tropas de los aliados que se retiraban, se detuvieron; la larga línea de ochocientos mil hombres, tuvo que volver á dar frente á Francia: solo el calor de las alas de la fama de Marengo y de Austerlitz, había bastado para hacer brotar ejércitos en esa Francia que no es mas que un gran nido de soldados.

El duque de Wellington había mandado esperar la llegada de los rusos; Bonaparte no le dió tiempo de ejecutarla; Waterloo es un nombre que no puede pasar en silencio.

Durante los Cien Días permanecimos al lado del rey: el 18 de junio del 1815, salimos de Gante por la puerta de Bruselas, solos, y con objeto de dar un paseo por la carretera: llevábamos bajo el brazo los *Comentarios de César*, y andábamos lentamente sepultados en su lectura. Nos hallábamos ya á una legua de distancia de la ciudad, cuando creímos oír una especie de sordo rumor á manera de redoble. Detuvimos el paso y miramos el cielo bastante cargado de nubes, reflexionando si proseguiríamos el paseo ó sería más

conveniente retroceder por temor de una tempestad. Aplicamos atentamente el oído, y no advertimos otra cosa que el grito de una polla de agua entre los juncos y las campanadas de un reloj de aldea: seguimos adelante nuestro paseo. No habíamos andado treinta pasos, cuando otra vez volvimos á distinguir el rumor que pareciendo una especie de redoble se prolongaba unas veces, y se interrumpía brevemente otras, prosiguiendo en intervalos desiguales: algunas veces no era sensible más que por la trepidación del aire que se comunicaba á la tierra en aquellas inmensas llanuras. Esas detonaciones menos vastas, menos ondulantes, y menos enlazadas que las del trueno, hicieron nacer en nuestro ánimo la idea de un combate. En aquel instante nos hallábamos delante de un álamo en el ángulo de un campo de lúpulo; atravesamos la distancia que nos separaba y nos apoyamos en el tronco dando cara á Bruselas. Habiéndose levantado un viento del Sur, nos trajo más distintamente el eco del estampido de la artillería. Aquella gran batalla sin nombre cuyo ruido estábamos escuchando al pié de un álamo, y cuyos desconocidos funerales parecían celebrarse por las campanadas del reloj de la aldea, era la batalla de Waterloo!

Oyentes silenciosos y solitarios del formidable decreto de los destinos no nos habríamos sentido tan conmovidos si hubiésemos estado en medio del combate: el peligro, el estrépito y el aparato de la muerte, no nos habrían dejado tiempo de meditar; pero viéndonos solos, bajo un árbol en la campiña de Gante como el pastor de los rebaños que pacían en torno nuestro, nos sentimos abrumados por el peso de las reflexiones. ¿Qué combate era aquel? ¿Sería definitivo? ¿Lo mandaba Napoleón en persona? ¿Se estaban como sobre la túnica de Cristo echando suertes sobre el mundo? ¿Cuál sería la consecuencia para los pueblos de la victoria de cualquiera de los dos ejércitos? ¿La libertad? ¿La esclavitud? Pero ¿qué sangre era la que se estaba derramando? ¿Sería cada rumor que llegaba á nuestro oído el último suspiro de un francés? ¿Era un nuevo Crecy, un nuevo Poitiers, un nuevo Arincourt de que iban á gozar los implacables enemigos de la Francia? Si triunfaban ¿no iba á quedar eclipsada para siempre nuestra gloria? Si Napoleón era vencedor, ¿qué sería de nuestra libertad? A pesar de que semejante suceso nos lanzaba á un eterno destierro, predominó en aquellos momentos en nuestro corazón el amor de la patria, y á trueque de que nos librara de la dominación extranjera, deseamos la victoria al opresor de Francia.

¿Triunfaba Wellington? ¿Volvería á entrar en París la legitimidad detrás de aquellos uniformes encarnados que venían á retener su púrpura con la sangre de los franceses? ¿Tendría por consiguiente la monarquía que ir á la solemnidad de su consagración acompañada en vez de carrozas, de carros cargados de nuestros mutilados granaderos? ¿Qué nos podríamos prometer de una restauración consumada bajo tales auspicios? Tal fue la menor parte de las ideas que nos atormentaron en aquel momento. Cada estampido de cañón nos causaba un estremecimiento y redoblaba los latidos de nuestro corazón. A pocas leguas de distancia se estaba realizando una inmensa catástrofe, y no alcanzábamos á distinguirla; no nos era posible tocar el vasto monumento fúnebre que cada minuto iba haciéndose mayor en los campos de Waterloo, así como en otro tiempo tendíamos desde la playa del Boulacq en la margen del Nilo inútilmente nuestras manos hacia las pirámides.

Ningun viajero se dejaba ver en aquel camino: algunas mujeres rastrillaban tranquilamente en los surcos, y al parecer ni siquiera oían el ruido que tan viva impresión nos causaba. Mas he aquí que á lo lejos vimos venir un correo: al instante salimos á su encuentro parándonos en mitad de la carretera: el cor-

reo se detuvo; nos dijo que pertenecía al duque de Berry y que venía de Alost, y por último añadió: «Bonaparte entró ayer (17 de junio) en Bruselas después de una sangrienta batalla que hoy ha debido volverse á renovar. Se cree que los aliados han sufrido una completa derrota y que han dado ya la orden de retirarse.» Dicho esto, el correo prosiguió su camino.

Seguíamos nosotros con cuanta prisa podíamos. En aquel instante fuimos alcanzados por el carruaje de un comerciante que huía en posta con su familia, y que también confirmó las noticias del correo.

Al día siguiente (19 de junio), se supo la verdad del suceso. Los franceses habían por de pronto alcanzado ventajas en el ala izquierda de la batalla; pero la suerte cambió de aspecto: habiendo Blucher llegado con refuerzos, aisló dos cuadros de la guardia imperial separándolos del resto del ejército, ya bastante maltratado. Alrededor de aquella inmóvil falange, el torrente de los fugitivos arrastra cuanto se le pone por delante, entre oleadas de polvo, de humo, y de metralla hacia las tinieblas surcadas por cohetes á la Congreve en medio de los rugidos de trescientas piezas de artillería y del precipitado galope de veinte y cinco mil caballos: era el resumen final de todas las batallas del imperio. Dos veces han gritado los franceses ¡Victoria! Dos veces han sido sofocados sus gritos bajo la presión de las columnas enemigas. En las filas del ejército de Napoleón va extinguiéndose el fuego; se han acabado las municiones; algunos granaderos heridos en medio de cuarenta mil muertos de cien mil balas ensangrentadas y aglomeradas á sus piés, permanecen aun apoyadas en sus fusiles con la bayoneta rota y el cañón vacío. No lejos de ellos, el hombre de las batallas estaba sentado aparte con la vista fija y el oído atento al último cañonazo que debía extinguir su vida.

Esa catástrofe que causó la muerte del imperio, fue causa de que el czar pasara á París. Creyóse ver en la primera invasión de los aliados una especie de redención; en la segunda no se quiso ver más que una conquista, y como además de no traer libertad era segunda invasión, no pudo menos de producir nuevas cargas, fue considerada, generalmente hablando, como un yugo pesado. No eran ya los rusos, sino los prusianos los que dominaban en París: estos últimos tenían humillaciones que vengar, y derrotas que ocultar en la insolencia de la victoria. Un campamento inglés se estableció en el bosque de Boulogne, y los franceses tenían á la vista como opresores los dos pueblos que les son más antipáticos. Francia en 1814 se halló libre de soldados enemigos en menos de seis meses; ahora tenía que verse ocupada por espacio de cinco años; ahora perdía las plazas de Landau en Alsacia, Marienburgo en el Hainault, y Versoix en el país de Gex; tenía que consentir en desmantelar á Huninga y en devolver á la Saboya y á los Países Bajos el territorio asegurado por el tratado de París en 1814. Tenía que entregar por cinco años diez y seis fortalezas en la frontera, y obligarse á mantener un ejército de ocupación de 180,000 hombres. Se estipuló una indemnización de 5,000,000, y se crearon 12,040,000 francos de rentas para la extinción de deudas particulares contraídas fuera de los límites nacionales. Añadiendo á esos sacrificios la pérdida causada por el paso y permanencia de las tropas extranjeras, se calcula que cada uno de los cien días costó á la Francia 30,000,000. Total de gastos de una marcha de Bonaparte, ¡3,000,000!

Los objetos de mérito artístico fueron arrebatados á la Francia. Era cosa de ver la duplicada consternación de París, cuando por una parte el duque de Richelieu vino á presentar á las cámaras los funestos tratados, y por otra las cámaras votándolos silenciosamente. Ese mismo patriótico sentimiento estalló cuando los extranjeros arrebataron los manuscritos de